

MIRET MAGDALENA

LA CRÍTICA PERMANENTE Un día del año 1954, poco antes de morir, el Padre Augusto Valensin le dijo a un periodista: «Todavía se hace demasiada teología».

Era, este jesuita, uno de los más profundos e independientes pensadores católicos que ha habido antes del Concilio; cosa entonces rara, aunque hoy parezca normal adoptar una postura crítica, y casi hayamos olvidado lo que en esa época se vivía. Pero observaciones como ésta, crítica de la teología —más bien de la inflación teológica—, nos la hacen recordar.

Entonces —como muchos ahora hacen— concebíamos la reflexión religiosa a golpe de maza; y no como quiere el Concilio, reconociendo a los que investigan y piensan «fieles —clérigos o laicos— la justa libertad de investigación, de pensamiento y de hacer conocer sencilla y valerosamente su manera de ver» (G. et S. núm. 62).

Nuestro pensar de creyentes estaba ahorrado por farragosas teorías y explicaciones, que nos suministraban autoritativamente los exclusivistas de la reflexión en ese campo. Actualmente empieza a no ser así, gracias a hombres como el Padre Valensin, que tenían una justa medida de la parquedad de la Revelación, que hoy comprendemos con claridad meridiana que se reduce —esencialmente— a las pocas verdades del Credo y poco más.

Pero el paso —que hemos comenzado— no se ha dado porque sí. El mundo actual y su cultura adulta, que no es ya infantil como la de otras épocas que se llamaron religiosas, comenzó con Galileo, Descartes y Kant, haciendo una profunda crítica de las ingenuas afirmaciones anteriores, germinada hoy en una masa cada vez mayor de personas que desean pensar independientemente.

Por eso otro religioso, el P. Kwant —un agustino holandés, profesor universitario— acaba de publicar un libro que titula expresivamente «La crítica hace al hombre».

Sí, porque antes —hace pocos siglos y aun pocos años—, que el ser humano medio no usaba de ese incisivo escalpelo intelectual, estaba mentalmente en actitud infantil en religión, cultura, economía, sociología o política.

Hoy, en cambio, comienza una nueva era para la humanidad: la edad mental adulta del hombre. Y esto gracias a la crítica.

Pío XII, intelectualmente, vivía nuestro tiempo y lo detectó acertadamente. Por eso fue un gran propulsor del sentido crítico en el hombre y, en especial, en la juventud.

Pero, a pesar de su enseñanza, todavía si unos jóvenes —clérigos o laicos— muestran su inconformismo en cualquier campo humano (religioso o social) nos escandalizamos inmediatamente; o intentamos acallar, en nuestro aparente avanzado mundo, sus vitales inquietudes sin diálogo ni comprensión. Con lo cual el problema se agudiza al reprimir esa energía insobornable que los jóvenes poseen, y que es positiva, aunque no siempre esté canalizada acertada o eficazmente.

El Papa Pacelli, hablando de la sociedad de su tiempo, decía también que «es necesario formar una opinión pública que, sin buscar el escándalo, señale con franqueza y valor las personas y circunstancias que no se conforman con las leyes e instituciones justas, o que deslealmente ocultan la realidad» (discurso 1-V-1955). Y estas leyes deben ser hechas —según él— con la ayuda del pueblo, para ser adecuadas y equitativas, cosa que no conseguiremos sino con

la contribución de nuestra bien intencionada y «responsable crítica» (Pío XII, 14-IV-1953).

Aquí no hay eufemismos, a pesar del moderado lenguaje eclesialístico. Como no los tuvo ese Papa exigiendo a los educadores que, en vez de cercenar, fomentasen en la juventud el espíritu crítico, «para enseñarles a vivir y pensar como hombres, en un mundo donde los medios de difusión de las noticias y de las ideas han logrado una fuerza persuasiva tan avasalladora» (6-IX-1955).

Sí, es cierto. Hoy vivimos todavía de lo que nos dicen o nos cuentan, sin tiempo para cerner noticias o criterios. Y nuestras decisiones son producto de esas influencias constantemente dirigidas en nuestro «civilizado» mundo, y no por razones objetivas. Por eso —como pedía Pío XII en 1945— «es necesario que se renuncie a crear artificiosamente, con el poder del dinero, de una arbitraria usura, de juicios unilaterales, de falsas afirmaciones... una pública opinión que mueve el pensamiento y la voluntad de los hombres como cañas agitadas por el viento». Esta es la triste «técnica moderna en el arte de formar la opinión pública, de dirigirla, de acomodarla», usando de una «falta de veracidad, que sólo es un recurso ocasional... para salir, de momento, de dificultades imprevistas» (Navidad 1947).

Y contra ello no hay más que un solo remedio: fomentar la crítica. Pero no una crítica superficial y sin peso —que aceptamos fácilmente avanzados o conservadores—; sino profunda, radical, que llegue a la entraña de todas las cuestiones, mediante un tenaz y libre diálogo.

Porque todos tenemos que colaborar —cada uno con nuestra perspectiva, como diría Ortega— a crear esta realidad más justa y más humana que debemos ayudar a construir en el mundo de hoy, en todos los campos de nuestra acción.

Todavía hay muchos —aunque cada vez menos— que ponen ante nuestros ojos, como un parapeto, el sentido común o el buen sentido. Pero uno de los mejores especialistas en lógica —el profesor Charles Serrus— nos ha recordado que «uno se figura a menudo que los datos del sentido común son el punto de partida y el fundamento de la ciencia, cuando —por el contrario— son sólo la *ilusión* inicial que la ciencia tiene el derecho y el deber de rectificar». Y Einstein hizo dar un paso de gigante a la física —y a partir de él vinieron los grandes descubrimientos atómicos que han revolucionado nuestra época— «minando la rutina y los prejuicios del sentido común» (M. Boll, «L'education du jugement»).

Sólo el trabajo crítico profundo en ciencia, técnica, política o sociología puede acercarnos a la verdad, a cada uno de nosotros en particular y a todos en conjunto. Porque no hay nadie que no pueda, o no deba, colaborar con su aporte crítico personal a esta labor común.

Nosotros —como decía un gran hombre práctico, de inteligente visión —debemos tener dos normas en la vida:

1. «No creer en las palabras, sino verificarlas a fondo, porque sólo los tontos creen en meras palabras».

2. Nunca «sustituir el análisis por los gritos», o «el análisis objetivo por los sentimientos».

Así tendremos oídos para oír y entendimiento para entender, sin ser pelicles constantes del autoritarismo de los «magos de aldea», como dice K. Barth, o de los «creadores» artificiosos de opinión, como denuncia el norteamericano Vance Packard.